

HABLAN LAS CABEZAS

La sombra de Lombroso es alargada: desde el manicomio de Pesaro –del que el antropólogo, médico y criminólogo es nombrado director en 1871– se proyecta sobre tiempos colectivamente oscuros del siglo XX, y aún se cierne de modo inquietante sobre las luces que enciende hoy la neurobiología. Inspirado por el positivismo y por Darwin, y asistido por un más que dudoso método empírico, Lombroso produjo una antropología criminal que pretendía tener gran influencia en los terrenos de la psiquiatría y la justicia: el criminal nato poseía rasgos psicológicos y anatómicos específicos, en los que aún se podía ver su poca distancia con el animal. Así, lo mismo exhibía gran imprevisibilidad e impulsividad en el carácter que presentaba prominencia del arco zigomático o prognatismo. Entrar en su laboratorio, como han hecho el escultor Román Hernández y la poeta Mária Russotto, es transitar por tres caminos simultáneos: la historia crédula de la ciencia anatomo-antropológica, la historia vergonzante de la eugenesia, la historia apasionante de la vinculación de lo plástico y lo emocional.

La fisiognomía y la frenología –que echan raíces en Hipócrates, Aristóteles y la cultura árabe, y son reformuladas por el medioevo antes de ser recuperadas para el humanismo y eclosionar en el siglo XVIII– siempre pretendieron establecer analogías entre los caracteres físicos (esencialmente del rostro y del cráneo) y los comportamientos de los hombres. Nada, pues, nuevo bajo el sol. Ni siquiera esas oscuras novedades aportadas con convicción por Lombroso, a saber: esa foseta occipital media que localizó por primera vez en el cerebro del bandido calabrés Vilella y que, reiteradamente confirmada por su escalpelo en autopsias de maleantes, se convirtió para él en un estigma seguro de “hombre atávico”. Hasta que vino la neurobiología a desplazarla hablando de lesiones en el córtex frontal, deficiencia en ciertos neurotransmisores o problemas del sistema límbico.

Viene ciertamente hoy en día la neuroanatomía con sus incruentos instrumentos de imagen (tomografía de positrones, electro y magneto-encefalografía, resonancia magnética o IRM funcional...) a diseccionar virtualmente el córtex y a representar su cartografía neuronal, y encuentra datos biométricos, topológicos y neuroquímicos del cerebro que, según su método científico, cifran la disfuncionalidad cognitiva, emocional y conductual. Las imágenes –de las que hay que recordar su carácter abstracto– parecen sugerir una suerte de neo-frenología que preocupa

singularmente a los filósofos, pero que no deja indiferentes tampoco a los científicos. Lombroso lo tuvo claro en su tiempo: propuso la creación de manicomios para encerrar en permanencia a los criminales y a los locos peligrosos, y pretendió exonerar de responsabilidad moral y penal a esos sujetos, pues los consideraba casi un eslabón perdido entre el hombre y el animal. La ciencia de hoy, sin embargo, encuentra en sí misma matices que le permiten suspender de momento sus opiniones en materia de responsabilidad ética y social. No es sólo que contemple un escenario futuro de manipulación de la configuración genómica susceptible de determinar la respuesta agresiva, o que sopesa ya la ablación de áreas corticales implicadas en comportamientos antisociales. Es, sobre todo, que concibe la posibilidad –real y continuamente verificada– de que las conductas y la actividad consciente del sujeto intervengan sobre el sustrato neuronal de la violencia. La capacidad moduladora esencial del cerebro es su plasticidad: el aprendizaje –o el simple hecho de pensar– alteran la actividad de las poblaciones neuronales, conformando nuevos mapas corticales que pueden variar su funcionalidad. Las pautas cerebrales pueden pues modificarse a lo largo de la vida. La filosofía, en concierto con esta perspectiva, postula una complejización emocional progresiva del individuo, que le ayudaría a “re-programarse” no sólo en terrenos de conducta sino a nivel hormonal y bioquímico. Es éste el modo por el que la neurofisiología relativiza el determinismo que ella misma certifica, restableciendo la posibilidad de libre albedrío y, por consiguiente, de responsabilidad.

Pero Lombroso no creía ni en la educación ni en la socialización ni mucho menos en la plasticidad bioquímica. Creía en la transparencia de la materia física, en sus atributos psíquicos y éticos. Y entrar hoy al laboratorio lombrosiano es volver a interrogar a esa materia ósea y carnal. Pero las respuestas no serán las mismas. Román Hernández y Mária Russotto trabajan en el interior de la trabazón psico-física lombrosiana matizando y diluyendo sus implicaciones patológicas, redistribuyendo las supuestas marcas anatómicas deladoras de peligrosa vesania entre una humanidad más doliente que perversa, y en la que fragmentariamente nos reconocemos. En su laboratorio se hace esta labor: una lectura de emociones, pasiones y complejidades psíquicas que no son remitidas condenatoriamente a lo infrahumano, sino comprendidas como naturaleza humana compartida. Y si aún hay correspondencias psicofísicas, éstas no son ya certificadas por la ciencia, sino supuestas y puestas en duda por la imaginación.

Escultor y poeta entran en diálogo, y a uno corresponde representar la propuesta lombrosiana para que la otra desactive la interpretación del decimonónico antropólogo. Estas cabezas, ciertamente, son sometidas a mediciones e intervenciones; incluso antes, el escultor las ha despojado sumariamente de rasgos personalizados, las ha preparado para una autopsia cuyo objeto no puede ser personaje ni persona, sino tipo o espécimen. Sobre ellas puede quedar algo de vello, algún aro colgando del lóbulo, mas nada que impida apreciar la eminencia de la capacidad orbitaria, el contorno craneal, la envergadura maxilar, la curvatura auricular. La desnudez y la homogeneidad tonal de la carne incitan a una manipulación sin miramientos, y la ciencia del anatomista ha procedido así, dejando rastros de su intervención: anotaciones escritas en el cráneo, inserciones de pequeñas válvulas, incisiones, grapaduras, cartografías y cifras que convierten a las cabezas en soportes de un saber y una escritura científica. Más que el subrayado de los rasgos fenotípicos, es este sometimiento físico a un lenguaje científico el que sustrae a las cabezas de su condición de individuos. Sobre ellas, la ciencia habla por escrito –sellando sus bocas– en un lenguaje críptico, que es la fórmula más eficaz del poder. Son cabezas ajusticiadas –desgajadas de un cuerpo vivo– y sometidas a juicio por una ciencia de estirpe lombrosiana.

Márgara Russotto, en los poemas que las acompañan, restituye un lenguaje a estas cabezas. La relación entre escultura y poema no es ilustrativa, sino que crea una intervención de orden ético en el laboratorio lombrosiano. No son ya los criminales “hombres atávicos” que Lombroso creía estudiar los que hablan, sino una pluralidad de voces humanas que dotan a los rostros de un perfil de fragilidad. Humano es sentirse escindido (*detenido en curiosa / introspección. / Nos han destinado a la ausencia / (...)* / *¿Somos apenas / fatal disyunción?*); humano es experimentar el desorden –el tormento– del amor, su violencia, el vacío que deja (“Consejero oriental”); entrar en la *quietísima desesperación*; conocer la íntima alteridad (*Soy tú mismo / y soy el otro*); entregarse absorto a la música (“Transmutaciones”); caer en el engaño de la conciencia (*Calculo / luego / creo existir*); ser presa del miedo (*Sé que la cosa existe / Palpita su órgano vital / en la lengua*); sentirse poseído (*Algún animal funesto / ha puesto sus huevos / en mi cabeza*); incluso percibir la continuidad de la naturaleza en uno mismo (*la memoria legendaria / de otras especies latiendo*) o dejarse imantar por los mitos del origen (*el agua impetuosa de la creación / remonta peñascos. / Todo lo que he perdido / lo tengo*).

Precisamente porque no cree en la condena, esta poesía no necesita mostrarse redentora; y así pues, también hablan en ella –porque humanas son– las pasiones poco benignas: *la arrogancia sin control* disfrazada de modestia, o la codicia. La voz poética toma una distancia tal con el discurso científico que la ironía permea alguno de sus propósitos (esa *biología pecante con sólo sonreír* que evidencia –precisamente– los supuestos gruesos labios del codicioso, una biología que quizá podría haber sido virtuosa sólo con evitar sonreír). O ese rostro que funciona como espejo, y que devuelve al lombrosiano antropólogo el reflejo de un sí mismo que se confunde con su salvaje objeto de observación: “Antropólogo antropófago” *devorando / indios / analfabetas / iletrados*. Un antropólogo que, en modo menos irónico y más ejemplarizante, sería la figura evocada en otro poema de ese Fred Murdock, etnógrafo –en el cuento homónimo de Borges– y finalmente bibliotecario en Yale, poseedor de un secreto transmitido por los indios que callará hasta su muerte, manifestando así su respeto por el diferente, y su distancia con Lombroso, el gran enjuiciador.

Espejo es finalmente también para Mária Russotto el último rostro, a través de cuyos arcos superciliares entrevé un deleitoso paisaje campestre que figura al mismo tiempo el paisaje del ánimo. Un retrato del artista, dice el poema, de ese artista que *en reposo calla*: tal vez el propio escultor que ha creado la cabeza. Y, en esta lectura del rostro, se resume la distancia interpretativa de la ciencia lombrosiana y la imaginación poética, pues si para Lombroso el genio del artista era pariente de la locura patológica, el título del poema –“Morbidezza”– restituye con su polisemia la posibilidad de otra comprensión: “mórbido”, sí, mas no “enfermo”, sino “delicado”, “suave”. Y es que el lenguaje tiene a menudo una sabiduría que ayuda a corregirse a la ciencia.

Amelia Gamoneda